

Hugo Hiriart entre sus pares

Gerardo Piña

EN SU ENSAYO MÁS RECIENTE, *El arte de perdurar*, Hugo Hiriart reflexiona sobre los caminos que llevan a la fama y la perdurabilidad de los ensayos literarios. Particularmente le interesa explicarse por qué esta fama le fue negada a Alfonso Reyes, uno de los más grandes ensayistas latinoamericanos. Muchas veces se ha dicho ya sobre Reyes que es un autor de una obra universal y magnífica, pero que carece de la obra que identificaría al maestro con su genio. “¿Qué pasa cuando queremos presentar a Reyes ante alguien que no proviene de nuestro mismo fondo cultural”, se pregunta Hiriart, “por ejemplo, ante un norteamericano culto e inteligente? ¿Qué libro suyo le damos a leer?” (30). A diferencia de Borges, quien gustaba de escandalizar con sus declaraciones y de profundizar cada vez más en los mismos temas a lo largo de su obra, no hay un libro particularmente representativo de Alfonso Reyes, afirma Hiriart.

Mediante breves comparaciones entre ensayistas tan disímiles como el conde de Saint-Victor, George Orwell, Borges y el propio Reyes, Hugo Hiriart reflexiona sobre las posibles causas que hacen que ciertos autores gocen de la fama y la perdurabilidad. En el caso de Borges, no se trata sólo de lo que ya sabemos: su deslumbrante inteligencia, el regodeo de un lenguaje preciso, las relaciones sorprendentes que hace el argentino entre obras y fragmentos de obras literarias o filosóficas tan distantes en el tiempo, la geografía o la lengua en que fueron escritas. A Reyes, según la tesis de Hiriart, le faltó apostar a temas menos solemnes que los frecuentes en sus ensayos, a no tomarse tan en serio el positivismo (e.g. *El deslinde*, una obra que busca sistematizar la literatura), a perder el miedo al acto de repetirse y quizás a no haber querido abarcar tantos géneros. Para Hiriart, Reyes se perdió en el estilo de su obra. “Conforme [Reyes] se desperdigaba iba perdiendo más y más el centro y se hacía más y más invisible como persona,

como artista individual. La persona que reflexionaba se perdía en el estilo prodigioso” (38-39).

Hiriart separa dos grandes tradiciones de ensayistas: por un lado los “intelectuales”, entre los que menciona a George Orwell, Hans Magnus Enzensberger, Sartre y Camus, escritores que opinan de su sociedad y la política. Por otra parte están los “hombres de letras” (Montaigne, Charles Lamb, Johnson, La Bruyère y el propio Reyes). “Esta tradición constituye la rama más pura y vigorosa del ensayismo, considerado libre e independiente *jeu d’esprit*” (73). Para Hiriart, en términos de perdurabilidad, los hombres de letras están en desventaja con respecto de los intelectuales porque en sus obras no se muestra, no se revela su tiempo. Poco se podría saber o deducir sobre lo que ocurrió en términos de política o historia en la vida de Reyes a partir de sus escritos, por ejemplo. (En esto Reyes estaría más que hermanado con Borges.) Otra desventaja —implícita a mi juicio— en términos de perdurabilidad de la obra literaria es que resulta fácil tachar a estos “hombres de letras” como gente no comprometida con su tiempo.

Las conclusiones que esgrime Hugo Hiriart sobre qué otros factores contribuyen en términos generales a que la obra de un ensayista perdure las encontrará el lector en el propio texto de Hiriart. Yo he querido mostrar algunas de ellas no sólo para dar cuenta de los temas principales del ensayo que nos ocupa sino para mostrar lo atinada que resulta esta reflexión. Tal vez nunca antes en la historia de la literatura habíamos contado con tal profusión de obras y lectores (si bien en países como México son pocos en proporción al número de habitantes, son muchos más que en cualquier época anterior en números concretos). Sin embargo, tal vez sea ésta la época en que las obras literarias reflejan menos un conocimiento y una conciencia de las tradiciones literarias. *El arte de perdurar* ejemplifica lo importante que es el conocimiento de una tradición (en este caso, la del ensayo literario) no sólo para comprender mejor las obras de autores como Borges o Reyes, sino para establecer un diálogo inteligente con el lector actual. Dialogar con un gran autor no significa tener la misma cultura que él, compararse con él, etc., para poder “entenderlo”. Dialogar con un gran autor significa querer aprender antes que enseñar (escuchar, ya que hablamos de un

diálogo) y tener la curiosidad suficiente para aceptar las invitaciones tácitas a la lectura y la reflexión propuestas por dicho autor. Para llegar a las conclusiones de este ensayo, Hiriart tuvo que leer a decenas de ensayistas —evidentemente como parte del resultado de una vida dedicada a la literatura, no como una tarea realizada ex profeso— cuyas ideas aparecen a modo de citas textuales (Saint-Victor, Orwell), de anécdotas (Diderot), de alusiones (De Quincey, R. L. Stevenson) y de franca filia o influencia (Locke).

Una obra como *El arte de perdurar* importa hoy porque se trata de una invitación al diálogo inteligente, pero también a la lectura, al aprendizaje y al reconocimiento de un mundo literario rico y vasto. Hiriart nos invita a la reflexión de largo aliento, a buscar ciertos libros y a releer otros o fragmentos de otros. Nos recuerda que si uno se descuida como lector, no es difícil leer sólo lo que nos ofrecen nuestras librerías en sus mesas de novedades y empobrecer nuestra visión del mundo y de la literatura (no tanto por las novedades en sí como por nuestra limitación al seleccionarlas como único o casi exclusivo material de lectura).

Como lectores (y también como autores, si es el caso) es necesario echar mano de algunos recursos tanto de los “hombres de letras” como de los “intelectuales” de los que habla Hiriart en su ensayo, si queremos comprender mejor nuestra literatura y lo que ella supone (las ideas, la estética, las expresiones que evoca y comunica). Hay que ser observadores y críticos de nuestro propio tiempo, pero no hay que olvidar que éste proviene de una tradición. Lo grave de desconocerla no es la ignorancia en la que se vive, sino lo fácil que resulta opinar a partir de esa ignorancia. ■

Hugo Hiriart
El arte de perdurar
México, Almadía
2010, 176 pp.

